

José Luis
Najenson

Matar a Borges

U

n conocido escritor europeo «de cuyo nombre no quiero acordarme», sutilmente influenciado por la imponderable obra de Borges, aconsejaba a los autores argentinos: «Ustedes deben matar a Borges, de una vez y para siempre». Como este consejo fue expresado a más de una década desde la muerte física de Borges, aquel escritor no debió afrontar acusaciones de incitación al crimen, aunque sin duda ya ha sido criticado por suscitar el asesinato metafísico, literario, del mayor poeta, cuentista y ensayista argentino de nuestro siglo, y uno de los más grandes de la lengua castellana. Pero el antiguo consejo, que expresa veladamente la máxima admiración posible por el autor de «El Alef», no sólo hará mella en los escritores argentinos e hispanoamericanos de todo el mundo, según sus respectivos «inconscientes literarios» (valga el robo lateral a Jung), sino también –y especialmente– en los escritores «cautivos»,¹ hispanohablantes de Israel. Porque nosotros, además de la consabida deuda a Borges en relación con la nostalgia de Sefarad, somos deudores suyos en cuanto a gran parte de la temática judía en general, a cuya legitimación literaria ya se ha referido la ensayista y crítica literaria Edna Aisemberg.² En cierto modo, los escritores cautivos somos más hijos de Borges que de nadie, porque su influencia inaugura en nuestra obra incipiente

¹ Nos referimos aquí al concepto de «escritura cautiva», acuñado por nosotros en «La edificante fábula del ornitorrinco y la equidna» (*Diálogo*, (18), otoño de 1987), donde se expresa que somos doblemente cautivos, de un país y su historia: Israel, y de una lengua: el español.

² Véase EDNIA AISEMBERG: «El tejedor de Aleph», Sudamericana, Buenos Aires, 1990.

«pre-israelí», es decir, aún diaspórica, no poco del despertar de los motivos judaicos que nuestra asimilación al medio literario soslayaba. Nótese que diferenciamos –algo arbitrariamente– entre temática «judía» e «israelí», aunque ambas estén profundamente imbricadas. Lo que se intenta poner de relieve con esta distinción es el juego entre el todo y la parte, o, en un plano más amplio, el conjunto de la civilización judía y la cultura israelí, que hereda la tradición de aquélla –en sus múltiples formas migratorias– pero genera un modo de vida propio por el mero hecho del regreso a su tierra de una considerable porción del pueblo errante.

El «parricidio» borgeano se torna, en los escritores cautivos, una necesidad perentoria: a causa de la «nostalgia» que –en mi opinión– es la quintaesencia de la escritura cautiva. Por esto, quizá asume una intensidad particular, convirtiéndose en un imperativo categórico de sobrevivencia literaria. Porque Borges es la nostalgia misma, y ésta es también nostalgia de Borges.

Sabemos que es virtualmente imposible imitar a Borges, que su obra no tiene seguidores como es el caso de García Márquez o Vargas Llosa, e incluso Sábato y Cortázar, que no se puede escribir como Borges ni copiar su inigualable estilo, tan singular y dependiente de un talento, de una erudición y circunstancias difícilmente equiparables. Pero sí se puede remedar la temática borgeana a través de la trasfiguración de sus propios motivos por mera metáfora.

Se puede caer prisionero de sus infinitos tópicos sin darse cuenta de ello, aunque se eviten los más reiterados (tigres, laberintos, espejos, etcétera) porque Borges virtualmente toca todos los temas, a excepción –quizá– del sexo, si bien hay ciertos cuentos como «La noche de los dones»³ y «Ulrica»,⁴ que bordean, muy fronterizamente, lo erótico. (En este sentido constituye la excepción a una regla «sadeana» sagazmente reformulada por Vargas Llosa: «toda gran literatura es también erótica»).

Para los escritores cautivos, Borges es la encarnación de la nostalgia; matar a Borges conlleva también la muerte de aqué-

³ JORGE LUIS BORGES: «La noche de los dones» y «Ulrica», en *El libro de Arena*, EMECE, Buenos Aires, 1975.

⁴ Idem.

lla. Allí está el dilema y la imposibilidad del parricidio. ¿Cómo salir entonces del laberinto sin matar al Minotauro? Tal vez la única manera, amén de volcarse a la literatura erótica –cosa que yo mismo he hecho inconscientemente⁵– sea el simulacro del crimen. Es decir, hacer como si uno cometiese el parricidio sin consumarlo. Exorcizar a Borges, conjurarlo, como se conjura al Diablo en la «Salamanca»⁶ ofreciéndole vino, que es su propia sangre.

El sacrificio simulado nos devolverá todos sus temas, que son casi todos los temas, develando sus premisas más terribles, como aquella de que «todos escribimos el mismo libro». Al poner esta premisa de manifiesto, con su metafísica circular y basada en el mito del eterno retorno, nos desentendemos de Borges, aniquilamos la semejanza entre los entes de la Creación –y de la creación literaria– para acentuar sus diferencias, el abismo que existe no sólo entre tema y tema, sino entre las diversas versiones de un tema. Abandonar la armonía y mostrar su otra cara, el desorden o el caos, lo «apolíneo» por lo «dionisiaco», para usar esta bella tipología antropológica –*cuasi* literaria– de Ruth Benedict.⁷ Al hacerse evidente, se aniquila una de las dimensiones de la óptica de Borges, básicamente apolínea (todos tenemos ambas en alguna medida), para invertir relación en otra mayormente dionisiaca, recuperando la totalidad de los temas. Este par de opuestos es sólo una de las dimensiones de dicha óptica, cuya búsqueda sólo ha comenzado.

⁵ JOSÉ LUIS NAJENSON: *Memorias de un erotómano y otros cuentos*, Monte Ávila Editores, Caracas, 1990. Véase, asimismo, «Pardés-Sefarad» (Primer Premio «Villa de Martorell» de Poesía Castellana, 1995), Ed. SEUBA, Barcelona, 1995, que combinaba cábala y erótica, junto con el recurrente motivo de Sefarad (España, en hebreo). Otro poema de mi autoría: «La Venus Calípiga», obtuvo el Primer Premio de Poesía Erótica, Buena Paz (Pcia. de La Habana, Cuba), 1995. El Accésit del Premio Mundial de Poesía Mística «Fernando Rielo» 1996, le fue concedido a mi poemario *Más allá del río Sambatión*, que combina erótica y mística; así como el primer premio «BAEZA» de Poesía (Jaén-España) 1996, le fue otorgado a mi tríptico del mismo género «A Sor Juana Inés de la Cruz». En los juegos florales del III Congreso de la Praxis Literaria 1999, de Santa Clara (Cuba), el poema «Betsabé y la luna» obtuvo el primer lugar.

⁶ Sobre esta especie folklórico-mítica, común en Argentina y otros países del Cono Sur, véase JOSÉ LUIS NAJENSON: *Cultura nacional y cultura subalterna*, pp. 52-58, Ed. Universidad Autónoma del Estado de México, 1979.

⁷ RUTH BENEDICT: *El Hombre y la Cultura*, Hachette, Buenos Aires (varias ediciones).

En el plano de la lengua, es menester diluir la nostalgia borgiana mediante la conciencia del «puente». En una prolija entrevista, realizada por Clark M. Zlotchew, Profesor de Literatura Hispanoamericana (SUNY College at Fredonia),⁸ él me consultó sobre la idea del puente: «ser un puente, y en el puente algo se deja para pasar a otra situación... un puente entre Argentina e Israel, entre la lengua española de aquellas tierras y ésta [lengua española] que se va transfigurando porque no estamos allá. Pero se enriquece con lo que existe acá [en Israel]. No se transfigura por el olvido –porque la nostalgia la mantiene siempre viva– sino por el embellecimiento en que la misma nostalgia la sume».⁹

Por ejemplo, cuando vivía en la Argentina, e incluso en Chile, México e Inglaterra –países de mi errar por el mundo– buscaba temas judíos, estimulado por el ejemplo y el influjo de Borges. Pero en Israel me sentí libre de escribir sobre cualquier cosa, «como un escritor israelí más, sobre vampiros, sobre erótica, sobre lo que sea».¹⁰

Allí quise ser un escritor judío, quizá llevado también –además de la apertura borgiana– por un sentimiento de culpa latente que involucraba la «asimilación literaria». Pero aquí en Israel ese trauma inconsciente no existe porque todo es judío, independientemente de la sempiterna discusión judía acerca de quién o qué es judío. Quiera uno o no, y escriba en el idioma en que escriba, el producto será judío y será israelí. Eso pasa con todos los escritores inmigrantes que han venido al país en edad adulta, y no han podido –o no han querido– dejar de crear en su lengua madre.

Exorcizando la singular mirada borgiana sobre las cosas y los seres como objetos literarios, esa perspectiva tan solitaria y libresca, tan argentina y universal al mismo tiempo, abandonándola a su propio misterio, uno puede recuperar el universo literario e incluso aprender de Borges, de su legado a todas las generaciones futuras, como se aprende de un «clásico» en su

⁸ CLARK ZLOTCHEW: «Una literatura hispana cautiva: entrevista a José Luis Najenson», *INTI: Revista de Literatura Hispánica*, (34-35): 207-222, Nueva York, otoño de 1991-primavera de 1992.

⁹ *Ibidem*, p. 211.

¹⁰ *Idem*.

propio, y estudiado sentido.¹¹ El rigor de la palabra justa, la economía de vocablos, el soslayamiento de la retórica inútil, la desconfianza del barroco y de las vanguardias (no sin haberlos conocido), la infatigable búsqueda de la belleza en la síntesis, propia de la poesía. Quizá, también, un sobrio manejo de la metáfora, controlando su exceso, y la fuga de todo pintoresquismo local o nacional.

Pero ser judío e israelí y universal al mismo tiempo, así como argentino y universal, no es quehacer fácil. Si bien existe una cierta afinidad entre ambos binomios. En cierto modo, los argentinos somos los «judíos» de América Latina, en un sentido muy abstracto del concepto: cierta animadversión injustificada, cierta solapada envidia, injustificada también, una como nostalgia de Occidente (que también se puede sufrir en Occidente); la búsqueda constante de la percepción del otro, del otro universal, esa diléctica.

Todo eso Borges lo sabía, o intuía, y de allí su permanente admiración por ciertas facetas del pueblo judío, cuya religión-civilización, a la vez universal y particular, mesiánica y bíblica, talmúdica, y cabalística, no cesaba de ponderar: «Todos de alguna manera somos griegos o judíos»,¹² clamaba al referirse al meollo de la, así llamada, «Civilización Occidental».

De Israel, Borges admiraba entre otras cosas como ya hemos visto, el «coraje» recuperado, equivalente a esa virtud argentina, a la que se refería poéticamente como la «religión del coraje»,¹³ presintiendo oscuramente, quizá biográficamente, «que el valor es el antídoto del miedo».

Matar a Borges, simbólicamente significa, sobre todo, quedar libres de la convicción de su insuperabilidad, tan arraigada en nuestra generación «borgiana», la venturosa generación de los que lo conocimos. Y aquí quizá resida el punto crucial del consejo literario que da nombre a este ensayo. Porque todos los grandes autores que fueron sus contemporáneos son más vul-

¹¹ Véase JORGE LUIS BORGES: «Sobre los clásicos», en *Otras Inquisiciones*, EMECE, Buenos Aires, 1960.

¹² Reproducido en *Carta de Jerusalén*, (64), Instituto Cultural Israel-Iberoamérica, Jerusalén, 1993. (Fuente: revista *Raíces*, Buenos Aires, 1987.)

¹³ Véase JOSÉ LUIS NAJENSON: «Borges: ese misterio de la Cábala», *Alef*, (5-6), Tel-Aviv, 1986.

nerables, más «asesinables», metafóricamente. Y no sólo porque sean «imitables», como ya se ha dicho, sino por esa certeza tan nuestra, tan de los argentinos (incluidos de los judíos argentinos) de que como Borges –a modo de Gardel– «no hay dos». Basada en un mito popular de reciente gestación, más misterioso aún que el que rodea al gran cantor, o a «Evita», ya que Borges no fue, ni mucho menos, un escritor popular, dicha certeza aguarda aún su estudio.

Esa tremenda popularidad, en la postrer etapa de su vida, no sólo en el exterior donde ya era famoso, sino, y fundamentalmente, en su país –aunque la Argentina ha sido más reacia que otras naciones a aceptar a «sus propios profetas»– fue algo de lo que el mismo Borges se asombraba, como lo demuestran muchas entrevistas, antologías y comentarios de esa época.¹⁴ Por lo demás, Borges no murió joven ni trágicamente, ni fue un ídolo del pueblo en el sentido en que lo fueron otros poetas como Miguel Hernández, Pablo Neruda o Nicolás Guillén, en otros países, por su carácter revolucionario. Tampoco fue peronista sino, como bien sabemos, era abiertamente anti-peronista, ideología política ésta que captaba –y aún capta– a gran parte, sino la mayoría, del pueblo argentino. Por otra parte, sus textos requieren, a menudo, no poco conocimiento previo, histórico, filosófico y literario para ser aprehendidos. Y si bien escribió letras de tango –incluso en «lunfardo» (el argot de Buenos Aires)– éstas no están entre sus obras más conocidas, así como los cuentos detectivescos, escritos en colaboración con su amigo el escritor Adolfo Bioy Casares,¹⁵ no figuran entre los más leídos. Ciertamente es que los relatos de matones y cuchilleros, como el célebre «Hombre de la esquina rosada», llevado al cine, han captado la imaginación popular, pero incluso cuentos de este género como el ya mencionado «Sur», «La intrusa»¹⁶ o «Avelino Arredondo»,¹⁷ no son de fácil textura. Su complejidad no está en el lenguaje ni en

¹⁴ Véase, por ejemplo, ANTONIO CARRIZO: *Borges el Memorioso: conversaciones con Jorge Luis Borges*, F.C.E., México, 1983.

¹⁵ Por ejemplo: JORGE LUIS BORGES y ADOLFO BIOY CASARES: *Seis problemas para don Isidro Parodi* (varias ediciones).

¹⁶ «La intrusa», de Jorge Luis Borges, fue incluido en el *Informe de Brodie*, Ed. EMECE, Buenos Aires, 1970.

¹⁷ «Avelino Arredondo», de Jorge Luis Borges, fue incluido en *El Libro de Arena* (ob. cit.).

la trama, sino en interpretación o, más bien, en las diferentes posibilidades de interpretación según diversas lecturas posibles de un mismo texto. Por ejemplo, el citado cuento «Avelino Arredondo», magnicida uruguayo que da muerte al presidente de su país, Juan Idiarte Borda, a pesar de pertenecer a su mismo partido (el colorado), puede leerse –y entenderse– a diversos niveles. Como cuento histórico que relata sucintamente un crimen político, deteniéndose en el largo autoencierro del matador antes del hecho, para no comprometer a los amigos (que de todas maneras no lo extrañarán), ni a la novia. Como disquisición sobre la índole del tiempo y su transcurso, simbolizado en aquel sapo que había en el fondo del aljibe de su casa: «Nunca se ocurrió pensar que el tiempo del sapo, que linda con la eternidad, era lo que buscaba».¹⁸

O bien como una reflexión sobre la valentía y la contención, cuando el protagonista sale de su casa por única vez porque ya no aguanta la prisión autoimpuesta, y entra a un café donde un grupo de soldados le obliga a vivir el nombre del hombre que ha decidido matar, y para lo que sólo esperaba la ocasión propicia, ya fija de antemano. Para no poner en peligro su misión, el hombre no se rebela y dice para sí: «El miedo no es zonzo ni junta rabia».¹⁹

Y Borges acota, volviendo a su inveterada obsesión por la «religión del coraje», que ya hemos comentado en otro trabajo. «Se había portado como un cobarde, pero sabía que no lo era».²⁰

Esa sola frase nos podría llevar a una meditación socrática sobre el valor, no sólo como expresión del alma criolla, sino del hombre en general. En esta pluralidad de los niveles de lectura a que dan lugar sus textos, reside quizá la clave de la aceptación universal de Borges. Esto último resulta fascinante, también, para quien relea la obra borgeana desde un ángulo judeo-israelí, aun cuando no se refiera sólo a los escritos sobre temas específicamente judíos. Eternidad, espera, coraje y miedo, y aun magnicidio, son conceptos que apelan también a una especulación judaica de los mismos, así como a otras perspectivas. Como ningún otro autor contemporáneo de Hispanoamérica, la

¹⁸ *Ibidem*, p. 156.

¹⁹ *Ibidem*, p. 157.

²⁰ *Idem*.

multifacética escritura de Borges impacta al escritor cautivo que por ello debe matarlo literalmente.

Pero si, como pensaba Platón, la muerte es una iniciación, en este caso de muerte simbólica lo será también para quien mata: iniciación a una nueva «escritura cautiva» que, paradójicamente, conserve la nostalgia –y la nostalgia de Borges– en la que este último deje de ser para nosotros un insuperable «ídolo» (en la acepción más judaica del término) para volver a ser el iniciador, que es tal vez como a él más le hubiera gustado verse.

Dos Maestros

Yo tuve un gran maestro al que vi solamente una vez y leí infinitamente: don Jorge Luis Borges, y otro gran maestro al que nunca vi, del que aquél fue probablemente alumno, y yo soy una especie de «discípulo póstumo»: el Rabí Shoshani.²¹ Ambos eran incomparables, o sólo en esto comparables: serenamente eruditos, misteriosos y solitarios. Del primero aprendí la belleza de la sencillez, del segundo la sencillez de la belleza, que es su verdad, y la oscuridad de la verdad que es su belleza. De uno el placer incansable de la lectura, del otro la lectura de la desesperación. De aquél, al revés del Eclesiastés, el placer que da el saber, de éste, el saber que da el dolor. Y estas palabras finales del texto, constituyen mi ya no secreto homenaje a quienes tanto debo sin que ellos lo supieran nunca ●

²¹ Véase JOSÉ LUIS NAJENSON: «Shoshani y el posible comienzo de una teodicea judaica», *Carta de Jerusalén*, (67-68): 37-41, Ed. Instituto Cultural Israel-Iberoamérica, Jerusalén, 1996-1997.